

Géneros literarios

La palabra **género** (del latín *genus*: “familia”, “clase”, “tipo”) refiere en literatura, a un conjunto de textos que tienen ciertas características comunes que los diferencian de otros.

Según el *Diccionario de términos literarios*, “**se puede hablar de género cuando, de manera relativamente estable, una serie de obras presentan un esquema o conjunto de rasgos afines en cuanto a tema, molde formal y tono, lo que convierte a dicho esquema en un ‘modelo prestigioso’ e imitable**”.

El género narrativo

Las obras que conforman el género narrativo se caracterizan por la presencia de un narrador que cuenta hechos que les suceden a personajes en tiempos y espacios más o menos definidos. El narrador, la voz que el autor crea para que se haga cargo de contar la historia, puede conocer todos los hechos y presentarlos de manera objetiva (cuando así es, relata desde una tercera persona). Pero también puede presentar una versión parcial de la historia, en cuyo caso suele narrar en primera persona, aunque también puede hacerlo en tercera y, raramente, en segunda.

Si bien muchas de las obras del género narrativo se han escrito en verso, en la actualidad, se escriben predominantemente en prosa. Las formas más comunes de la narrativa son la novela y el cuento.

El género lírico

El género lírico se caracteriza por la marcada presencia de la función expresiva del lenguaje. Quien expresa en el poema su subjetividad (emociones, sentimientos y un modo particular de verse a sí mismo y al mundo que lo rodea) es el yo lírico.

El ritmo es el rasgo esencial del poema. Además el uso connotativo del lenguaje adquiere, en este género, su máxima expresión; y los procedimientos frecuentemente empleados para connotar se llaman *figuras retóricas* (como la metáfora, la aliteración, el paralelismo, etc.).

El género dramático

Las obras pertenecientes al género dramático (del griego drama: “acción”) están destinadas a la representación escénica. En estos textos se desarrolla una historia que se conoce mediante los diálogos y las actuaciones de los personajes. Pero, además, contienen las indicaciones del autor que orientan acerca de la puesta en escena.

A diferencia del discurso narrativo, en el que la historia está mediatizada por la voz del narrador, en los textos dramáticos no hay intermediarios entre los espectadores y la vida que se hace presente en el desarrollo de la acción dramática.

El género ensayístico

Los ensayos son textos que ofrecen información, interpretación o explicación acerca de un asunto sujeto a confirmación (es decir, que no está científicamente comprobado). Su propósito es persuadir al lector. Por ello, su pertenencia a la literatura ha sido cuestionada por algunos teóricos, quienes sostienen que la función poética en los ensayos está subordinada a la apelativa. Sin embargo, los procedimientos usados para la elaboración del mensaje (como las figuras retóricas) y la inclusión de fragmentos narrativos, dramáticos o descriptivos lo ubican en el campo de la literatura. Precisamente, lo que le da al ensayo poder de convicción es el trabajo con el lenguaje: con él logra capturar el acuerdo del lector.



¿A qué géneros literarios pertenecen los siguientes fragmentos? Justificá tu respuesta.

Oí un estrépito en la panadería, los gritos de la mujer de nuevo y el sonido de un golpe, y me pregunté vagamente qué estaría pasando. Unos pies se arrastraban por el lodo hacia mí y pensé: Es ella, ha venido a echarme con un palo. Pero no era ella, era el chico, y en los brazos llevaba dos enormes panes que debían de haberse caído al fuego, porque la corteza estaba ennegrecida. Su madre le chillaba: ¡Dáselo al cerdo, crío estúpido! ¿Por qué no? ¡Ninguna persona decente va a comprarme el pan quemado! El chico empezó a arrancar las partes quemadas y a tirarlas al comedero; entonces sonó la campanilla de la puerta de la tienda y su madre desapareció en el interior, para atender al cliente. El chico ni siquiera me miró, aunque yo sí lo miraba a él, por el pan y por el verdugón rojo que le habían dejado en la mejilla. ¿Con qué lo habría golpeado su madre? Mis padres nunca nos pegaban, ni siquiera podía imaginármelo. El chico le echó un vistazo a la panadería, como para comprobar si había moros en la costa, y después, de nuevo atento al cerdo, tiró uno de los panes en mi dirección. El segundo lo siguió poco después y, acto seguido, el muchacho volvió a la panadería arrastrando los pies y cerró la puerta con fuerza. Me quedé mirando el pan sin poder creérmelo. Eran panes buenos, perfectos en realidad, salvo por las zonas quemadas. ¿Quería que me los llevase yo? Seguro, porque los tenía a mis pies. Antes de que nadie pudiese ver lo que había pasado, me metí los panes debajo de la camisa, me tapé bien con la chaqueta de cazador y me alejé corriendo. Aunque el calor del pan me quemaba la piel, los agarré con más fuerza, aferrándome a la vida. (“Los juegos del hambre. Distritos” de Suzanne Collins)

La apuesta de ser hombre (de Martín Descalzo)

En nuestro lenguaje cotidiano hay cosas realmente muy llamativas, una de ellas es esa frase tan común con la que ante cualquier fallo de alguien, comentamos: “Eso es muy humano”. Alguien hace trampas en un examen o en un concurso y decimos: “Es muy humano”. Otro defrauda al fisco y explicamos “Es humano”. Un hombre celoso hace la vida imposible a su mujer y

comentario al canto: “Es muy humano”. Tras un fracaso, alguien se viene abajo y se sumerge en la amargura, y le compadecemos con un “Es humano”. Curiosamente llamamos “humanos” sólo a nuestros vicios y carencias, incluso, a veces, ese “Humano” se convierte en sinónimo de animal. Parecería que lo propio del hombre es lo bajo, lo caduco, lo que le aleja de las cumbres y de las virtudes. Pero..... ¡si realmente lo humano es lo que nos diferencia del animal! ¡Si lo humano es la razón, la voluntad, la conciencia, el esfuerzo, la perfectibilidad! Eso es lo verdaderamente humano. Humana es la inteligencia que hace del hombre un permanente buscador de la verdad, un ser ansioso de claridad, un alma hambrienta de profundidad. Humana es la voluntad, el coraje, el afán de luchar, el saber sobre ponerse a la desgracia, la capacidad para esperar contra toda esperanza. Humana es la conciencia que nos impide engañarnos a nosotros mismos, la voz que desde dentro nos despierta para seguir escalando, la exigencia que nos impide dormirnos. Humano es el afán de ser mejores, el saber que aún estamos a medio camino, el señalarnos como meta la perfección aunque sepamos que nunca llegaremos a la meta total. Todo eso es lo humano, difícilmente llegaremos a ser verdaderos hombres si empezamos por auto disculpar nuestros errores bajo la capa de que “son humanos”.

Poema de Mío Cid, Cantar Tercero, La afrenta de Corpes, Tirada 112

Estaba el Cid con los suyos en Valencia la mayor
y con él ambos sus yernos, los infantes de Carrión.
Acostado en un escaño dormía el Campeador,
ahora veréis qué sorpresa mala les aconteció.
De su jaula se ha escapado, y andaba suelto el león,
al saberlo por la corte un gran espanto cundió.
Embrazan sus mantos las gentes del Campeador
y rodean el escaño protegiendo a su señor.
Pero Fernando González, el infante de Carrión,
no encuentra dónde meterse, todo cerrado lo halló,
metióse bajo el escaño, tan grande era su terror.
El otro, Diego González, por la puerta se escapó
gritando con grandes: “No volveré a ver Carrión.”
Detrás de una gruesa viga metióse con gran pavor
y, de allí túnica y manto todos sucios los sacó.
Estando en esto despierta el que en buen hora nació
y ve cercado el escaño suyo por tanto varón.
“¿Qué es esto, decid, mesnadas? ¿Qué hacéis aquí alrededor?”
“Un gran susto nos ha dado, señor honrado, el león.”
Se incorpora Mío Cid y presto se levantó,
y sin quitarse ni el manto se dirige hacia el león:
la fiera cuando le ve mucho se atemorizó,

baja ante el Cid la cabeza, por tierra la cara hincó.
El Campeador entonces por el cuello le cogió,
como quien lleva un caballo en la jaula lo metió.
Maravilláronse todos de aquel caso del león
y el grupo de caballeros a la corte se volvió.
Mío Cid por sus yernos pregunta y no los halló,
aunque los está llamando no responde ni una voz.
Cuando al fin los encontraron, el rostro traen sin color
tanta broma y tanta risa nunca en la corte se vio,
tuvo que imponer silencio Mío Cid Campeador.
Avergonzados estaban los infantes de Carrión,
gran pesadumbre tenían de aquello que les pasó.